

MADRE ANTULA: UN FARO PARA RESTAURAR LA PATRIA

*Disertación de la Licenciada Mónica del Río
Incorporación a la Academia del Plata, 12 de julio de 2024*

En la Buenos Aires virreinal de fines del siglo XVIII, en una pequeña aldea de casas bajas, con una población que rondaba los 40 mil habitantes, una argentina atrajo la mirada de la vieja y culta Europa.

Hagamos —como diría San Ignacio— la “composición de lugar”: siglo XVIII —30 años antes de la histórica Revolución de Mayo— una aldea del Cono Sur y, en ella, una mujer.

Cuando sus cartas llegaban a Roma, se traducían al latín, inglés, alemán, italiano y ruso, y recorrían Europa. En 1791, se publicó en el Viejo Mundo su primer extracto biográfico bajo el título de “El Estandarte de una Mujer Fuerte”, una obra que rápidamente se tradujo a varios idiomas¹.

Estos datos históricos contrastan con el olvido que sufrió en nuestra Patria durante tanto tiempo. Hoy, su figura está siendo rescatada, aunque por momentos, lamentablemente, también distorsionada.

Se publicó tras la canonización de la Madre Antula un libro sobre ella, titulado “Andar hasta donde Dios no es conocido”, elaborado por una religiosa del Instituto del Verbo Encarnado. En la introducción, destaca algo con lo que coincido plenamente. Dice: “Hoy en día se entiende de manera equívoca su entrega y valor para enfrentar a la sociedad de su tiempo, con el consabido 'empoderamiento feminista' y el auge de los llamados derechos de la mujer”. Es así, es absurdo encorsetar a una figura del siglo XVIII con el contexto actual. El combate de la Madre Antula tuvo un único objetivo: ganar almas para Cristo.

Datos biográficos

María Antonia de la Paz y Figueroa, “mujer insigne, gloria de nuestra Patria y ornamento de la Iglesia”, como la llama Mons. Marcos Ezcurra en su biografía, nació en Santiago del Estero en 1730 y, según la tradición oral, en Villa Silípica. No se sabe en qué día, pues nunca se hallaron documentos sobre su nacimiento ni su fe de bautismo². Tampoco ella menciona a Silípica en su testamento, donde escribe: “natural de Santiago del Estero”.

Su padre fue don Francisco Solano de Paz y Figueroa, hijo de un brigadier español condecorado por sus servicios a la corona, y su madre, Andrea de Figueroa, sobrina del Teniente Gobernador de Santiago del Estero.

La linajuda María Antonia estaba emparentada con toda la aristocracia del lugar. Por sus venas corría noble sangre española, con estirpe de héroes y santos. Era descendiente de conquistadores: del fundador de Tucumán, don Diego de Villarreal; de don Gerónimo Luis de Cabrera, fundador de Córdoba; y de don Sancho de Paz y Figueroa, quien actuó en la conquista del Perú.

No sólo había heredado de los conquistadores la sangre, sino también su heroicidad, el espíritu de sacrificio y el temple de acero. Una condición que no permite el desmayo frente a las adversidades y que impele a la conquista, abandonando situaciones más cómodas. Así la prepara la Providencia para cumplir su misión. Veremos más adelante cómo esta santiagueña se lanza a la conquista espiritual de nuestra Patria y, desde ella, reevangeliza Europa.

Su niñez transcurre en el campo, en la hacienda paterna, sin más contacto con el mundo que la compañía de sus hermanas —Catalina, Cristina y María Andrea— y de los aborígenes que integran la encomienda de indios regentada por su padre. En los albores

de su adolescencia, su padre es nombrado Alcalde de Segundo Voto, y toda la familia se traslada a la ciudad de Santiago del Estero.

Al linaje, María Antonia unía su aristocrática belleza. Así la describen sus biógrafos: "Sus ojos eran claros y azules, su mirada franca y bondadosa, su frente despejada e inteligente, su tez blanca, sus facciones finas y regulares, su estatura alta y bien proporcionada, sus manos delicadas"³. Sin dudas, atraía la mirada de los jóvenes santiagueños, y de seguro no le faltaban pretendientes. Pero Dios tenía para ella otros planes, y ella supo dar una generosa respuesta.

Su vinculación a la Compañía

Hacia fines del siglo XVI se habían instalado en Santiago los primeros jesuitas. Allí se dedicaron a la educación y, sobre todo, a los Ejercicios Espirituales.

En torno a sí, los padres de la Compañía habían reunido a un grupo de mujeres que colaboraban en algunas tareas: cuidaban enfermos, cosían y bordaban ornamentos, enseñaban catecismo a los más pequeños y, fundamentalmente, ayudaban en la organización de las tandas de Ejercicios, cooperando con la cocina y la limpieza.

Se las llamaba "beatas" (en el sentido del Sermón de la Montaña, beatas como sinónimo de bienaventuradas). Hoy hablaríamos de laicas consagradas. Tras una especie de noviciado, hacían votos privados de pobreza, castidad y obediencia. Vestían el hábito de San Ignacio: la sotana, más una toca que les cubría la cabeza, y vivían en el "beaterío". Algunas, al tomar la sotana, cambiaban su nombre por el de un santo.

A los 15 años, María Antonia se pone bajo la dirección de los padres de la Compañía, y a los 17 hace sus votos, recibe la sotana que ya nunca abandonará, y cambia su nombre por el de María Antonia del Señor San José, "por la gran devoción que le tenía al Jefe de la Sagrada Familia", dirá Mons. Ezcurra, quien también agrega que acostumbraba a llamar José a los hombres cuyo nombre desconocía⁴.

En adelante se la verá caminar por las resecaas calles de Santiago, vestida con su sayal negro y la toca blanca. Para sus vecinos será la Beata Antula.

La expulsión de los jesuitas

En 1767, instigado por la masonería, Carlos III de España ordena la expulsión de los jesuitas. Fueron inútiles los ruegos del Papa Clemente XIII, y la orden fue rápida y cruelmente ejecutada en el Virreinato por el gobernador Bucarelli. Más adelante, en 1773, el Papa Clemente XIV, con actitud contraria a la de su antecesor, decretaría la supresión universal de la Compañía, que hasta su restitución solo sobrevivió en Rusia, que no reconoció el decreto papal por el derecho de patronato. Era la Rusia de la zarina Catalina.

Aquellos que en sus misiones evangelizaban indígenas, que en sus colegios educaban a los hombres y mujeres de estas tierras, y que con los Ejercicios de San Ignacio santificaban las almas, fueron desterrados.

En Santiago del Estero, la noche del 9 de agosto de 1767, los padres de la Compañía fueron aprehendidos y llevados a las embarcaciones hacia el exilio, quedando truncada una obra evangelizadora de dos siglos.

El menosprecio hacia todo lo jesuítico era tan grande en aquellos momentos que ni siquiera se atrevían a nombrarlos; se los llamaba expulsos o expatriados. No obstante, ella firmará sus cartas como "Beata profesa de la Compañía de Jesús"⁵. María Antonia había pasado 22 años (1745-1767) junto a los jesuitas antes de la expulsión de estos.

Cuando los hombres, por temor, callaron, cuando el espíritu de la Compañía de Jesús amenazaba con extinguirse y Jesús se quedó sin compañía, como en el Gólgota, una mujer estuvo al pie de su Cruz.

Fue María Antonia de la Paz y Figueroa. Ella, mujer y laica, levantó el estandarte de San Ignacio y emprendió la misión de continuar con la práctica de los Ejercicios, que era la obra predilecta de los jesuitas.

Dos mujeres sostienen a la Compañía durante esos años: Catalina en Rusia y María Antonia en Argentina⁶.

Otra vez Ejercicios

Sin lugar a dudas, se habrá planteado las múltiples dificultades que tendría que enfrentar. No solo había que persuadir a los posibles ejercitantes, también hacían falta: una casa grande, comida abundante —sus tandas eran gratuitas—, el permiso del obispo —momento difícil—, y sacerdotes que los predicaran —hasta entonces solo lo habían hecho los padres de la Compañía—. Humanamente, imposible; pero tenía confianza en la Divina Providencia y en el pequeño libro que le legara San Ignacio.

En la celda de San Francisco Solano, que quedaba a pocos pasos de su casa y que aún se encuentra en Santiago, fue, según ella misma narra en una carta al P. Gaspar Juárez, donde recibió la inspiración divina. De rodillas ante el altar, se encomienda a San Francisco ^{Solano y le pide} que bendiga la obra que emprende⁷. Tras esto, y seguramente con la asistencia de San Francisco Solano y de San Ignacio, se pone manos a la obra.

Y sale por las polvorientas calles de Santiago: la túnica negra, los pies descalzos, un báculo rematado en cruz en la mano y la capa que le dejó de recuerdo uno de los jesuitas. Recorre las casas de parientes y amigos. “Se volvió loca”, suponen. ¿Ejercicios? Eso pasó a la historia. Entonces va al campo a invitar a los pobres, a los más sencillos: indios y mestizos. Consigue el permiso del obispo y organiza con ellos la primera tanda para hombres. Y vuelven a sonar las meditaciones ignacianas: las verdades simples y fuertes. Las únicas que vale la pena conocer: la vida y la muerte, el bien y el mal, el cielo y el infierno. Las meditaciones orientadas a descubrir el fin y la vocación con que hemos sido creados, de modo de subordinar a ellas todas las cosas; tal como nos enseña San Ignacio en el Principio y Fundamento.

A esa primera tanda para hombres le sigue una tanda para mujeres, y, atraídas por la resonancia de la primera, algunas damas de la sociedad comienzan a sumarse.

Predican dos mercedarios, el P. Diego Toro y el P. Nis; María Antonia universaliza los Ejercicios Espirituales. ¡Lo hace una argentina! Desde ese momento, los sacerdotes que no son jesuitas también los predicaban. Y tras esto, comienzan a repetirse las tandas, que duran 10 días —la única modificación que hace a las que predicaban los jesuitas, que eran de 8 días⁸—; por lo demás, sigue exactamente el mismo esquema. Los santiagueños comienzan a llamarla la Beata de los Ejercicios.

El éxito jalona su empresa, pero, como dice el P. Furlong, ella “es del linaje de Santa Teresa, pero incomparablemente más andariega”. A la ciudad de Santiago le siguen Silpica, ^{Loreto,} Soconcho, Salavina y Atamisqui⁹, pero su celo por la salvación de las almas no le permite descansar, y se lanza a todas las provincias de lo que era el Gran Tucumán: empieza por Jujuy, donde estaba el obispo don Juan Manuel Moscoso y Peralta; luego ^{emprenderá la marcha hacia Salta y después hacia Tucumán}¹⁰. De camino a Tucumán, un enorme puma se dispone a atacarla. Sus compañeras retroceden aterradas; ella, serena, avanza elevando la cruz del báculo y eleva esta oración: “Si por mi causa han de sufrir la

muerte estos pobres, toma mi vida, Señor. ¡Sea yo la primera víctima!”. La fiera retrocede y se aleja con la cabeza gacha¹¹.

Imaginemos por un instante a nuestra Beata en estas travesías. Recorre casi 2.000 km; lo hace a pie y prácticamente descalza (con un calzado improvisado de base vegetal sujetado con tientos), con su báculo; lleva colgado al cuello un Niño-Dios recostado en una cruz, a quien llama su Manuelito¹². Seguramente lo ha bautizado así por Emmanuel, el Dios con nosotros, que la acompaña por los escenarios de la Patria. Cuántos peligros habrá tenido que sortear: acechanzas de animales salvajes, ataques de indios, dormir muchas veces a la intemperie, procurarse alimento. La acompañan dos parientas, su sobrina Ramona Ruiz y otra parienta más lejana, Manuela Villanueva, ambas también beatas, y dos criadas¹³. Cinco mujeres recorren la Tierra de la que son sal.

Deja atrás Tucumán y sigue viaje rumbo a Catamarca, La Rioja y Córdoba. En cada una enfrenta múltiples dificultades y en cada lugar, vence. “Una mano invisible”¹⁴, según narra ella misma, reparará la costilla fracturada y el tobillo dislocado. En cada uno de esos sitios, tras haber reinstaurado los Ejercicios, deja todo organizado para que sigan dándose después de su partida. Sabe elegir siempre a los sacerdotes más idóneos, a los más capaces y virtuosos, y jamás dejará que le impongan un predicador. Convoca en cada lugar a las mujeres que continuarán su obra. Por carta, seguirá la marcha de los Ejercicios en cada provincia. Abandona los lugares por ardor apostólico, pero no se desentiende de ellos.

En Córdoba conoce a Ambrosio Funes, con quien iniciará una larga amistad. Es hermano del Deán y fue gobernador de la provincia después del Congreso de Tucumán. Siempre profesó veneración por la Beata Antula, con quien mantuvo una profusa correspondencia. Muchos de los datos de la vida de María Antonia se conocen gracias a las cartas de Ambrosio Funes.

Desde Córdoba, le escribe al Virrey Vértiz y se lanza a Buenos Aires.

María Antonia en Buenos Aires

La información que hay de su obra en las provincias es sucinta, no así la de Buenos Aires, donde permanecerá por 20 años, hasta el fin de sus días.

Llega a Buenos Aires en 1779, justo un siglo antes de que se fundara la Academia del Plata, otra obra apostólica vinculada a la Compañía de Jesús. Por la forma y el fondo de sus cartas —el valor literario y el contenido histórico— es considerada la primera escritora argentina. Lo destacamos porque la Academia del Plata fue originalmente una Academia Literaria. Resaltamos estas “casualidades”, a las que podríamos sumar otras, sin perder de vista que Chesterton decía que “la casualidad es el seudónimo que utiliza Dios cuando ha decidido trabajar de incógnito”.

¿Qué aspecto tendría María Antonia y las mujeres que la acompañaban, llegando a pie desde la docta Córdoba, con sotanas negras? En Buenos Aires no era habitual ver a mujeres con sotanas, y menos aún que estuvieran rotas y polvorientas. La gente que se cruzaba con ella la tomaba por loca, ebria, fanática, y algunos hasta decían que era un espía jesuita disfrazado. Al llegar, unos chiquillos le arrojan piedras, lo que la obliga a refugiarse en la primera iglesia que encuentra. Es la parroquia de Nuestra Señora de la Piedad, donde hoy está enterrada por su pedido expreso. No solo porque la Dolorosa, por la que tenía especial devoción, la cobijó en aquella ocasión, sino también porque allí Dios confirmó su misión, como en la celda de San Francisco Solano, mostrándole la obra que realizaría en la Ciudad.

Como lo hacía habitualmente, en Buenos Aires comienza por pedir permiso al obispo y al virrey. El obispo la prueba. Ella va a verlo una y otra vez sin desanimarse. Sin turbarse, insiste,

nueve meses, le permite organizar la primera tanda. Tras esa gesta de nueve meses, nacen los ejercitantes de Buenos Aires. Un parto, como dijo el P. Pedriel en la oración fúnebre¹⁵.

Más adelante, el obispo que tan reticente se había mostrado en los inicios, apoyó la obra de María Antonia. Visitaba frecuentemente la casa donde se practicaban los Ejercicios, pagaba su renta, le obtuvo indulgencias y llegó a disponer que ningún clérigo se ordenase en Buenos Aires si la Beata no certificaba antes la conducta que había tenido en los Ejercicios¹⁶.

No ocurrió lo mismo con el virrey, quien odiaba todo lo jesuítico. El Virrey Vértiz estaba influenciado por las ideas liberales y masónicas que campeaban en la Europa de la Ilustración. La única vez que María Antonia tuvo un desplante ante alguna persona fue justamente con él, según narra Don Ambrosio Funes en una carta al P. Gaspar Juárez. Después de que el virrey le hablara muy mal a la Madre Antula de su amada Compañía y no le autorizara sus tandas, ella lo deja con la palabra en la boca, le da la espalda y se marcha.

Finalmente, el virrey cambia de actitud y accede a autorizar los Ejercicios, particularmente después de la visita de Don Manuel Guirior, ex Virrey del Perú, de paso hacia España. Él y su esposa se afectan mucho por la Beata, y su influencia cambia la actitud del Virrey Vértiz¹⁷. En la celda donde ella murió, en la Santa Casa de Ejercicios, se conserva el altar que los Guirior le obsequiaron.

Al final, el virrey la autoriza y ella puede comenzar su tarea en la ciudad.

Los Ejercicios en Buenos Aires

Los primeros Ejercicios se realizan en Buenos Aires en una casa que le habían cedido, frente a la primitiva iglesia de San Miguel, emplazada en Rivadavia y Esmeralda. Allí, los ejercitantes cruzaban para oír misa y recibir los sacramentos. La casa tenía capacidad para poco más de 100 personas y resultó suficiente en las dos primeras tandas, pero a partir de la tercera comenzó a quedar chica. Desde allí, el número de ejercitantes no bajaba de doscientos; en ocasiones eran trescientos, cuatrocientos y hasta quinientos. En 1783, se mudan a una casa más amplia, en los fondos de la iglesia de Monserrat, en la Av. Belgrano al 1100.

Su entusiasta apostolado logra que los Ejercicios se sucedan ininterrumpidamente durante las cuatro estaciones, terminando, en ocasiones, una tanda por la mañana y comenzando otra por la tarde.

A ellos concurren personas de todas las clases sociales. Como ella misma cuenta en una de sus cartas, todas mezcladas: "no rehúsan señoras principales servir a las morenas y pobrecitas del campo"¹⁸. María Antonia dejaba para sí los lugares más incómodos, pero lo que narra es realmente sorprendente si uno piensa en la época. Muchos años después, la Asamblea del año XIII declarará la "libertad de vientres".

Esa misma mezcla de clases sociales se daba en las tandas de hombres. Es la escuela de San Ignacio.

Se calcula que en Buenos Aires, en la década que va desde 1779 a 1788 —los primeros 10 años de la Madre Antula en la ciudad— hicieron Ejercicios 70.000 personas¹⁹, una cifra superior al total de la población de entonces. Pero es factible, porque entre los méritos que le cupieron respecto de los Ejercicios está "el haber inspirado a los fieles la devoción de tomarlos anualmente"²⁰.

¿Qué efectos produjo en Buenos Aires esa afluencia masiva a los Santos Ejercicios?

Se lee en "El Estandarte de una Mujer Fuerte": "El buen efecto que producen los Ejercicios Espirituales trae una reforma gradual y general de las costumbres de la ciudad"²¹.

Para ilustrar esto, veamos lo que ocurrió con la Casa de Comedias, que el Virrey Vértiz había promovido como símbolo del ilustrado progreso: "pusieron una casa de comedias, hará dos para tres años de esto, se empezó con mucho empeño, pero como en los días que se hacían estos ejercicios eran los mismos días que había comedias, concurría mucha gente a los ejercicios y ninguna a las comedias; de suerte que ya se han visto en la precisión de quitarlas, clamando que no podían soportar, por los muchos gastos y ninguna utilidad que tenían, porque ya no había gente que fuese"²², narra María Antonia en carta al P. Gaspar Juárez.

Es la Madre Antula quien introduce en Buenos Aires la costumbre de exponer al Niño Dios en Navidad para la pública adoración de los fieles. Se comienza a hacer en la Navidad de 1785, imitando lo que se venía haciendo en los Ejercicios Espirituales²³.

Atención a presos y mendigos

Como dijimos, las tandas eran gratuitas, y ella misma pedía limosna para cubrir las necesidades. El alimento, cuenta en una carta, "lo daba Dios tan sobrado, que alcanzaba para alimentar a los mendigos que a diario pasaban por la Casa a buscarlo"²⁴.

Toda clase de personas pasaron por los Ejercicios. Los únicos que no podían hacerlo, por su confinamiento, eran los presos. Pero veía que la dificultad de darles Ejercicios era tan grande como la necesidad de que los tomaran. Entonces, ellos son el blanco lastimoso del corazón de la Beata. Ella consigue entrar a la cárcel; los visita, alivia, alimenta, consuela y, en cuanto está de su parte, los santifica.

En una oportunidad, salva a un preso de la ejecución. Se presenta ante el virrey argumentando que era inocente y que había irregularidades en el proceso. El virrey ordena reabrir la causa y el preso es absuelto.

Misa en honor de San Ignacio

También la misa en honor de San Ignacio dejó de celebrarse en Buenos Aires después de la expulsión de los jesuitas. Solo se rezaba, solemne y cantada, en la Casa de Ejercicios en la que estaba la Madre Antula, y para esto debía pedir especial licencia.

En 1785, dieciocho años después de la expulsión de los jesuitas, y gracias a María Antonia de la Paz y Figueroa, vuelve a celebrarse en Santo Domingo.

En 1790 se celebra con "nueva y extraordinaria solemnidad" en la iglesia que lleva el nombre del santo.

En tan importante ocasión, la magnificente María Antonia se ocupó de iluminar bien los altares. Para eso pidió, en consignación al cerero, una gran cantidad de cera. Tras la celebración, debía pesarse la restante y abonar por la diferencia.

Pero veamos qué pasó: "Al volver la cera al dueño para pagar la merma, se pesó y repesó muchas veces, y se halló que pesaba once libras y media más que su peso antes de arder. Y ese aumento se dio al cerero"²⁵.

Hoy cuesta imaginar este espíritu antijesuitico. Para ilustrar esto y comprender las dificultades que María Antonia tuvo que sortear, veamos un ejemplo más.

En 1784, solicita al Santo Padre indulgencias para los ejercitantes. Este pedido es acompañado por un informe del obispo de Buenos Aires, Mons. Malvar, que describe y elogia su obra. La solicitud es puesta en manos del secretario del Papa. Antes de responder

a la petición, se le pide que reescriba la solicitud suprimiendo de ella el nombre de San Ignacio, mencionado incidentalmente por María Antonia al hablar de los Ejercicios. Recién entonces obtiene las indulgencias²⁶.

Su repercusión en Europa

Sin duda, esta situación de la amada Compañía fue el mayor de los padecimientos que tuvo que soportar. Y la acompaña toda la vida, porque la restitución llega quince años después de su muerte. Ella acepta la pesada carga que solo un santo puede soportar. Con el corazón partido, sirve y obedece, con ignaciana obediencia, a la Iglesia que tanto ama, y en la que ya no se podía mencionar a los hijos de San Ignacio. Y a estos, sus "hermanos", como ponía en sus cartas, los sostiene y alienta en el exilio.

Se escribía frecuentemente con los jesuitas expatriados. Con el P. Ventura Peralta, que había sido su director espiritual en Santiago del Estero; con el P. Gaspar Juárez, coprovinciano; y con el P. Nicolás Aráoz, pariente suyo, todos exiliados en Roma. Con enorme delicadeza, les va informando de sus actividades, mencionando con humildad que ella recoge las mieses que ellos sembraron. Con espíritu maternal aconseja a quienes "han ligado los pies y las manos hasta impedirles el uso del oído para confesar", que "entren por medio de la santidad en aquellas entrañas que de madre son las de Jesucristo"²⁷. Les envía incluso ayuda

²⁸
económica

Al llegar, sus cartas se traducen al alemán, francés, inglés y ruso, y recorren Europa. En Francia, Luisa Teresa, tía de Luis XVI, priora de las carmelitas de Saint-Denis, había dado orden de que se le envíe cualquier novedad que llegara. Los exjesuitas de Roma reciben noticias de que "en Francia se han reformado varios conventos solo con la lectura de dichas cartas"²⁹. ¡Reforma conventos en la Francia apóstata de la Revolución Francesa! Desde Buenos Aires, una santiagueña reevangeliza Europa.

En Roma fue tal la repercusión de su obra que quedaron "admirados no solo los exjesuitas de todas las Provincias, sino también desde el Papa hasta los demás Cardenales y Prelados"³⁰.

Su primera biografía se publica en Roma en 1791, con el título de "El estandarte de una mujer fuerte". Se elabora en base a un informe de Don Ambrosio Funes. Inmediatamente, es traducido a varias lenguas y toda Europa conoce la vida de quien, inexplicablemente, estuvo tan olvidada en su Patria.

María Antonia en Montevideo

En 1791 viaja a Uruguay por un llamado del P. Diego Toro, el mismo que predicó Ejercicios en Santiago y que estaba misionando en Montevideo.

El entonces Virrey Nicolás de Arredondo le retacea el permiso. María Antonia finalmente recibe la autorización a fines de 1790. El virrey le costea el pasaje y va personalmente a despedirla.

Primero va a Colonia del Sacramento y organiza diez tandas de Ejercicios. Luego pasa a Montevideo, donde organiza tandas durante casi tres años con gran éxito, llegando a tener hasta 500 ejercitantes en una sola tanda.

Sin embargo, el obispo de Buenos Aires la requiere y la Madre Antula, obedientemente, regresa.

La Casa de Ejercicios

A partir de ese instante, se aboca al proyecto que había lanzado antes de marcharse: la construcción de una Casa de Ejercicios. Como ella decía: "Obra grande como de Dios y para Dios".

Desde sus comienzos, esta Santa Casa está ligada a la historia patria.

Durante la construcción de la misma, actuó como apoderado de la Madre Cornelio Saavedra. La Casa se construyó sobre tres parcelas contiguas que le habían donado. Una de las donaciones la hicieron los padres del canónigo Manuel Alberti³¹, quien después fuera su capellán. Muchos de los miembros de la Primera Junta hicieron Ejercicios Espirituales en esta Casa, entre ellos Miguel de Azcuénaga y Manuel Belgrano. También el Virrey Santiago de Liniers.

El hecho de que la Casa permanezca hasta hoy, en Independencia esquina Salta, se atribuye a la especial protección que su fundadora ha ejercido durante más de dos siglos sobre ella. Eso frenó los intentos de supresión del siglo XIX. En 1822, cuando el Ministro Bernardino Rivadavia emprende la reforma eclesiástica, suprime institutos religiosos y se queda con sus bienes. Sufren esta usurpación betlemitas, recoletos, mercedarios, dominicos, etc. En la lista, Rivadavia tenía a la Santa Casa, pero al intentar firmar el decreto de supresión, su mano se entorpece, la pluma tropieza y el papel se llena de borrones. Invadido por el temor, desiste.

Volvamos a la construcción del inmueble, que avanzó bastante rápido para la época. La Madre era el alma de la Santa Casa. Se ocupaba, como siempre, de todo lo que tenía que ver con la organización de las tandas. Lo mismo se la veía en la cocina, barriendo el piso, saliendo con su carrito a pedir limosna, que convocando ejercitantes o preparando el oratorio.

Junto a ella, va reuniendo a un grupo de mujeres que, tras una especie de noviciado, toman la sotana, emiten votos privados y cambian su nombre por el de algún santo. Estas mujeres se constituirían en el siglo siguiente en lo que hoy es la Sociedad Hijas del Divino Salvador.

La promoción de la mujer

Cuando en 1794 presenta los planos de la Santa Casa, estos incluyen una escuela "para la pública educación de ese sexo femenino", según menciona el informe de Miguel de Azcuénaga al Cabildo. Por motivos que seguidamente expondremos, la escuela no se funda hasta 1798. A partir de entonces, fue cada vez más frecuentada, "hasta contar, a mediados del siglo XIX, con 500 a 600 niñas, entre internas y externas"³², pero termina cerrándose.

El porqué no se funda en 1794 nos muestra hasta qué punto la Madre Antula fue "pionera de la educación femenina".

El Cabildo de Buenos Aires le autoriza la construcción de la Casa de Ejercicios, pero rechaza la solicitud de abrir una escuela en la manzana comprendida actualmente entre las calles Lima-Salta y Estados Unidos-Independencia.

Ya había una "en sitio más proporcionado" (San Miguel). El Cabildo consideró entonces que no tenía sentido abrir otra "tan en las afueras de la ciudad". A esta no podrían llegar las niñas del centro, solo las de las chacras y casas vecinas. Aclaremos que la ciudad por entonces tenía a lo que hoy es la calle Corrientes como límite norte y a la calle Venezuela en el sur.

La Madre Antula siempre estuvo preocupada por la educación de la mujer. Ya antes, en 1781, había intentado traer de Europa monjas de la Visitación para que fundaran colegios para niñas. Había escrito a Madrid, pero el proyecto no se concretó.

María Antonia es quien trajo a nuestro país la devoción a San Cayetano, el santo de la

Providencia. En la Santa Casa de Ejercicios Espirituales se encuentra la imagen más antigua del que hoy es un santo popular en Argentina. De todos los santos por los que la Madre Antula tenía especial devoción, San Cayetano es el único que no es jesuita.

Las religiosas de la Sociedad Hijas del Divino Salvador, movidas por el deseo de su fundadora de crear una escuela para la educación de la mujer, construyeron en terrenos cercanos al Camino Real una escuela rural y, contigua a ella, una capilla bajo la advocación de San Cayetano, dando inicio a lo que hoy es el Santuario de San Cayetano del barrio porteño de Liniers. El colegio se fundó en 1875, muchos años después de la muerte de María Antonia. Son, incluso, las mismas religiosas quienes donaron el predio de la estación y pidieron que lleve el nombre de Liniers, ya que el héroe de la Reconquista y Defensa había sido un generoso

benefactor de la Congregación³³.

Otro aspecto que nos muestra cómo se ocupó de la promoción de la mujer, hoy tan manipulada, es que, a pedido del Cabildo de Buenos Aires, recibía en la Casa de Ejercicios a reclusas de vida escandalosa que le remitían los jueces. Estas vivían separadas de las ejercitantes, y se les enseñaba doctrina cristiana, labores y las primeras letras. Vale decir, no solo las alojaba, sino que también las educaba y las rescataba³⁴.

Los prodigios de la Madre Antula

Sucedían cosas extraordinarias protagonizadas por María Antonia, que eran comentadas por las personas que trabajaban cerca suyo, y después corrían de boca en boca por la ciudad. Esas “Anécdotas de Antula” fueron pasando de generación en generación. Solo voy a relatar algunos de esos hechos prodigiosos que están documentados.

Estando en La Rioja, realizó un milagro similar al de las Bodas de Caná. Se había acabado el vino en el pequeño barril que habían llenado de agua para que no se secase. Cuando le avisaron a la Beata que no había vino, les dijo: “No puede ser, vayan a fijarse”. Fueron sus compañeras y lo hallaron repleto de un vino que, como era excelente, hasta se usó para la Misa³⁵.

Una vez, faltaba pan para los ejercitantes y una de las mujeres que organizaba la tanda le avisa a la Madre con preocupación porque era muy tarde y ya no había modo de conseguirlo. Ella le responde: “Vaya hija a la portería y lo hallará”. Cuando lo hace, encuentra con sorpresa dos canastas repletas de pan³⁶.

En una tanda de 100 mujeres, la cocinera le avisó que solo había comida para treinta. María Antonia va a la cocina y sirve todos los platos con abundantes raciones; lo que sobró se lo dieron a los mendigos³⁷.

Cada vez que le decían que algo faltaba, respondía con expresiones como: “Manuelito (así llamaba al Niño Jesús) nos lo ha de dar. Vayan a verlo”, o bien: “Nuestra Abadesa (la Virgen de los Dolores) nos lo proporcionará. Id a pedirselo”³⁸.

El P. Blanco narra en su “Vida documentada” que una vez, en una tanda de Ejercicios Espirituales, un ejercitante enloquecido y furioso ataca con un cuchillo a los tres que dormían más cerca y acomete como una fiera contra el resto. Los guardias, no pudiendo reducirlo y ante el peligro inminente de 400 almas, se aprestan a dispararle. Aparece la Beata “atropellando el sexo, la edad y la vida, con un valor sobrehumano, atraviesa una y otra habitación, llega al patio” y desde las entrañas grita: “No me lo maten”. Se interpone entonces entre el fusil y el cuchillo, y el loco se aplaca y le entrega el acero³⁹.

Un día se le acabó la provisión de agua y le pidió a un aguatero que llenara sus barriles. El vendedor creyó que no le iba a pagar y se marchó. En todo el día no vendió ni un jarro; en

cambio, la Beata rezó y sus tinajas se llenaron. A la tarde, el hombre volvió arrepentido y le ofreció agua. Ella le contestó: "Vaya hijo en paz, que Dios lo va a ayudar". En cuanto salió de allí, vendió toda el agua⁴⁰.

Su muerte

María Antonia de la Paz y Figueroa llega al verano de 1799 enferma. Aunque exteriormente no se notara, su salud se había ido resquebrajando, gastada por su amor a Dios y su consecuente celo por la salvación de las almas.

Había mortificado su cuerpo con duras penitencias. Tal como lo expone el P. Perdriel O.P., su último director espiritual, en su oración fúnebre, hacía uso de cilicio y disciplinas, ayunaba frecuente y rigurosamente, dormía pocas horas, y su comida nunca incluía vino o carne⁴¹.

A pesar de esta salud deteriorada, tres días antes de su muerte se la pudo ver sentada en la puerta de la Casa de Ejercicios exhortando, a cuantos por allí pasaban, a la penitencia y a la conversión.

El 6 de marzo de 1799, veinticuatro horas antes de su muerte y vislumbrándola ya, le pide al capellán de la Casa que la confiese. Recibe la Sagrada Comunión y demás auxilios espirituales. Ese mismo día, desde la tarima de madera que le hacía las veces de cama, dicta su testamento.

Durante su vida había recorrido los escenarios de la Patria y aun la Banda Oriental, acercando almas a Cristo. Su misión estaba concluida; tenía listo el equipaje. Era hora de marchar al encuentro del Sumo Capitán. El 7 de marzo, en la celda nº 8 de la Casa de Ejercicios, entrega su alma. Narra la tradición que la vasta casona fue invadida en ese momento por un delicioso aroma a flores.

Como ella misma lo dispuso, fue enterrada en la Iglesia de la Piedad, aquella en la que se había refugiado al llegar a Buenos Aires. Su entierro fue tan austero como su vida. Tal como lo ordenara, fue llevada durante la noche y en silencio por cuatro peones que trabajaban en la Casa. Se la enterró sin féretro ni epitafio, vestida con la sotana negra de la Compañía, su rosario y la cruz que llevaba al cuello. Bajo su cabeza se colocó un tronco de ñandubay. A la mañana siguiente se celebraron los oficios y la Santa Misa, sencillos y de limosna, como lo había solicitado por su notoria pobreza.

El entierro que ella había dispuesto no permitió a los habitantes de Buenos Aires llorarla como querían y homenajearla como se merecía. Se le rindió público homenaje el 12 de julio de ese año, en la iglesia de Santo Domingo, con asistencia de autoridades y pueblo. Pieza digna de leerse es la "Oración Fúnebre" pronunciada en aquellas solemnes exequias por el superior de los dominicos, el P. Julián Perdriel. Este es el motivo por el cual realizamos el homenaje por el bicentenario de su muerte el 12 de julio de 1999.

Cuando en 1867 se demolió la antigua iglesia de la Piedad para levantar la basílica que hoy conocemos, por orden del arzobispo Escalada se buscaron sus restos. Se hicieron muchas excavaciones con resultados infructuosos. El 25 de mayo, cuando se desistía ya de la búsqueda, cuenta la tradición que una niña rubia vestida de blanco, tras preguntar al capataz a quién buscaban, señaló el sitio donde debían cavar y desapareció. Así se hallaron sus restos, que se identificaron por el leño de ñandubay; sus huesos se recogieron en una urna de madera y se colocaron en el camarín de la Virgen del Pilar. En 1913, Monseñor Marcos Ezcurra hizo construir un mausoleo de mármol de Carrara, donde se colocó la urna. Es el que hoy podemos ver en la Piedad junto a la lápida que indica que allí descansan los restos de la fundadora de la Casa de Ejercicios, "ilustre en virtudes y buenas obras para con su pueblo".

La causa de canonización

En 1905, los obispos argentinos pidieron que se introdujera la causa de beatificación. El decreto de Introducción (fechado un 7 de agosto, día de San Cayetano) fue promulgado en Roma por el Papa Benedicto XV en 1917. Fue la primera causa argentina introducida.

Múltiples contrariedades han dilatado esta causa. Una importante fue que el 16 de junio de 1955, cuando se quemó la Curia de Buenos Aires, se destruyeron las siete carpetas del proceso. En 1999 (año del bicentenario de su muerte) se rehízo el proceso diocesano, que se concluyó en julio de ese año y se envió a Roma.

En 2010, Benedicto XVI dio el primer paso hacia la beatificación al declararla "venerable", tras reconocer que "practicó las virtudes cristianas en grado heroico".

Fue beatificada el 27 de agosto de 2016 en Santiago del Estero, luego de que el Papa autorizara la publicación de un milagro por la sanación de una religiosa de las Hijas del Divino Salvador, quien había recuperado la salud en el año 1900 por intercesión de la fundadora y madre espiritual de esa congregación.

El segundo milagro, necesario para la canonización, fue la recuperación de Claudio Perusini. Perusini nació en 1959, estuvo algunos años en el Seminario de la Compañía de Jesús, después salió, se casó y tuvo dos hijos. En 2017, sufrió un accidente cerebrovascular que los médicos consideraron irreversible y, por iniciativa de un amigo jesuita, fue encomendado por varias personas a la Madre Antula, a quien se le atribuye el milagro de su sanación. La ceremonia de canonización tuvo lugar en la Basílica de San Pedro el pasado 11 de febrero.

Epílogo

Hasta aquí hemos descrito sucintamente la vida y obra de quien el P. Furlong ha definido como "la figura femenina más recia y robusta, al propio tiempo que totalmente femenina, de toda la historia argentina, así antes como después de 1810". Pero una vida como la de ella, más que ser conocida, merece ser imitada.

Para terminar, solo resta preguntarnos: ¿por qué Dios nos ha bendecido con una figura así? Doscientos veinticinco años han pasado desde su muerte, nuestra Patria ha crecido y con ella sus males. Pero su mensaje sigue vigente, porque la solución es la misma: la conversión de los pecadores y la consecuente reforma social.

La Madre Antula, estando en Córdoba, decidió venir a Buenos Aires porque vio que en las ciudades grandes y populosas es donde mayor bien puede hacerse, "de ellas se difunde el bien y el buen ejemplo a los pueblos pequeños"⁴². Qué responsabilidad nos cabe a los porteños.

Que por intercesión de la primera santa argentina alcancemos el espíritu de fe viva que la animaba, para que podamos restaurar la Patria gastándonos y desgastándonos, como ella, en la mayor gloria de Dios y la salvación de las almas.

Bibliografía consultada

Monseñor Marcos Ezcurra, *Vida de Sor María Antonia de Paz y Figueroa*, 2º edición, anotada por el P. Beguiriztain, SJ, Difusión, Buenos Aires, 1980. La primera edición fue escrita en los años 1906 y 1907 -tras la introducción de la Causa de beatificación- y publicada en 1913. Mons. Marcos Ezcurra tuvo a su cargo el Proceso Canónico Diocesano en Buenos Aires 1905-1906.

Justo Beguiriztain, SJ, *La Beata de los ejercicios. Apuntes biográficos, cartas y otros documentos referentes a la Sierva de Dios María Antonia de la Paz y Figueroa*, Baiocco, Buenos Aires, 1933.

Lucrecia Sáenz Quesada de Sáenz, *María Antonia de Paz y Figueroa*, C.E.P.A. La Plata, 1941.

José María Blanco, SJ, *Vida documentada de la Sierva de Dios María Antonia de la Paz y Figueroa, Fundadora de la Casa de Ejercicios de Buenos Aires*, Amorrortu, Buenos Aires, 1942.

Guillermo Furlong, SJ, *Historia social y cultural del Río de la Plata, 1536-1810: el trasplante social*, p.p: 216-271, Ed. Argentina, 1969

Cayetano Bruno SDB, *Historia de la Iglesia en Argentina, Vol VI (1767- 1800), Capítulo décimo, María Antonia de la Paz y Figueroa*, p.p 387-402, Ed. Don Bosco, Buenos Aires, 1970

Fray Contardo Miglioranza, *María Antonia de Paz y Figueroa. La beata de los ejercicios*, Misiones Franciscanas Conventuales, Buenos Aires, 1989.

Emilio Juan Vattuone, "*Barrio de Liniers*", Cuadernos del Águila n°4, Fundación Banco de Boston, Buenos Aires, 1989.

Ignacio Pérez del Viso, SJ, *María Antonia de Paz y Figueroa y la Nueva Evangelización*, Cuadernos Monásticos 102, Buenos Aires, 1992.

Anónimo, *María Antonia de Paz y Figueroa. Una mujer relevante de la Iglesia rioplatense*, Colección Los aventureros de Dios fascículo N° 5, Cruz del Sur, Buenos Aires, 1994.

Alfredo Sáenz, *La Ascensión y la Marcha. María Antonia de Paz y Figueroa*, p.p 141-205, Baraga, Buenos Aires, 1999.

Hna. Ma. de la Compasión Muñoz, SSVM, *Andar hasta donde Dios no es conocido*, Ed. Magthas, Tenerife, 2024.

13

Notas

¹ (Su carta) "*ha sido esta traducida en varias lenguas para que disfrutasen de las apreciables noticias que nos da de nuestra señora doña María Antonia de San José y de los Ejercicios, los sujetos de diferentes naciones que deseaban leerla.*" Carta del P. Gaspar Juárez a don Ambrosio Funes 12 de julio de 1785, publicada en P. José María Blanco, SJ, *Vida documentada de la Sierva de Dios María Antonia de la Paz y Figueroa, Fundadora de la Casa de Ejercicios de Buenos Aires*, Ed. Amorrortu, Buenos Aires, 1942, p. 229.

"*Estimo mucho de mi parte las noticias que me da de nuestra señora Doña María Antonia de San José*" "*En esta ocasión también se ha comunicado un extracto,... traducido en italiano, francés y latín a este Estado pontificio o a la Francia, Alemania y la Rusia, para edificación común*" Carta del P. Gaspar Juárez a don Ambrosio Funes 7 de marzo de 1787, publicada en P. José María Blanco, SJ, *op. cit*, p. 268

"*impreso en francés un libro cuyo título es El Estandarte de la Mujer Fuerte. Por `mujer fuerte` entiende a la Beata*" Carta del P. Gaspar Juárez a don Ambrosio Funes, 12 de julio de 1791, publicada en P. José María Blanco, SJ, *op. cit*, p.314

² "*El primer Libro de Bautismos existente en el archivo parroquial de la Iglesia Matriz de*

Santiago del Estero comienza el 16 de febrero de 1777", P. Beguiriztain, SJ, *La Beata de los ejercicios. Apuntes biográficos, cartas y otros documentos referentes a la Sierva de Dios María Antonia de la Paz y Figueroa*, Baiocco, Buenos Aires, 1933, p. 7.

³ Mons. Marcos Ezcurra, *Vida de Sor María Antonia de Paz y Figueroa*, 2ª edición, anotada por el P. Beguiriztain, SJ, Ed. Difusión, Buenos Aires, 1980, p. 16.

⁴ Mons. Marcos Ezcurra, *op. cit.*, p. 12.

⁵ *"No sólo Beata y Beata profesas se llama en varias cartas"*. En la carta dirigida al Virrey Vértiz el 6 de agosto de 1777 en la que pide autorización para organizar los Ejercicios Espirituales en Buenos Aires, *"firma explícitamente con estas auténticas palabras: Ma. Antonia de Sn Josef, Beata de la Comp^a de Jesús"*, Monseñor Marcos Ezcurra, *op. cit.*, p. 12.

⁶ Carta de Don Isidoro Lorea al P. Diego Iribarren, 1 de octubre de 1788, publicada en P. José María Blanco, SJ, *op. cit.*, p. 292

⁷ *Ora María Antonia: "Francisco Solano, que al eco de tu violín, llamabas a las tribus salvajes, ¡haz que las muchedumbres oigan mi voz!". "Francisco Solano, que viviste en esta tierra, ¡haz que vuelva a producir frutos de santidad!". "Francisco Solano, que tan fielmente cumpliste la misión que Dios te diera, ¡ruega para que yo pueda cumplir la mía! Bendice la obra que emprendo Francisco Solano, apóstol de los santiagueños"*. Lucrecia Sáenz Quesada de Sáenz, *María Antonia de Paz y Figueroa*, pp. 49 y 50.

⁸ *"En orden al método de darse y hacerse estos Ejercicios, ya le tengo dicho en mis antecedentes que no discrepan casi en nada de los que daban los Padres, sólo sí, lo que he añadido es que sean de diez días"*. Carta al P. Gaspar Juárez, 26 de mayo de 1785, publicada en P. José María Blanco, SJ, *op. cit.*, p. 223.

⁹ Mons. Marcos Ezcurra, *op. cit.*, p. 35.

¹⁰ P. Beguiriztain, SJ, *op. cit.*, p. 20

¹¹ Mons. Marcos Ezcurra, *op. cit.*, p. 39.

¹² P. José María Blanco, SJ, *op. cit.*, p.33

¹³ Carta al P. Gaspar Juárez, 26 de mayo de 1785, publicada en P. Justo Beguiriztain, SJ, *op. cit.*, p. 62 ¹⁴ *"Cuando estuve en Catamarca fui desahuciada del médico y encomendándome entonces al Sagrado Corazón de Jesús me encontré curada pronto sin ningún otro remedio. A consecuencia de una caída me rompí una costilla, en otra ocasión me disloqué un pie, pero fui curada una y otra vez por el contacto de una mano invisible"*. Carta a uno de sus antiguos directores, publicada en P. José María Blanco, SJ, *op. cit.*, p.431.

14

¹⁵ *Oración fúnebre* pronunciada por el RP Fray Julián Pedriel, prior del Convento de los Predicadores de Buenos Aires, en las solemnes exequias celebradas en Santo Domingo el 12 de julio de 1999, publicada en José María Blanco, SJ, *op. cit.*, p. 386.

¹⁶ (El Obispo de Buenos Aires) *"Le franqueó todas sus rentas, dispuso que ningún clérigo se ordenase sin que primero certificase la Beata la conducta con que se hubieren portado en sus ejercicios"*. Carta de Don Ambrosio Funes al P. Juárez, 6 de agosto de 1784, publicada en P. José María Blanco, SJ, *op. cit.*, p. 194

¹⁷ *"Al despedirse postrados en tierra ambos Virreyes, no dudaron asegurar su futura prosperidad con genuflexiones de profundo respeto, que al paso que ponían en tortura su humillación lo exigía secretamente en su corazón la virtud de quien las resistía a todo extremo. De ese modo (vuelvo a decir) que si un Virrey le negó su estimación, dos Virreyes la honraron*

cuanto lo permitía su carácter.” Carta de Don Ambrosio Funes al P. Juárez, 6 de agosto de 1784, publicada en P. José María Blanco, SJ, op. cit, pp. 193 y 194.

¹⁸ Carta al P. Gaspar Juárez, 9 de octubre de 1780, publicada en P. Justo Beguiriztain, SJ, op. cit, p. 31

¹⁹ *“En materia de Ejercicios el más mínimo efecto de estos es materia suficiente para escribir volúmenes (...) Yo me persuado de que en Buenos Aires se hayan dado a 70.000”* Carta de Don Ambrosio Funes al P. Gaspar Juárez, publicada en P. José María Blanco, SJ, op. cit, p. 278.

²⁰ *Oración fúnebre* pronunciada por el RP Fray Julián Pedriel el 12 de julio de 1799, publicada en P. José María Blanco, SJ, op. cit, p.386.

²¹ *El Estandarte de una Mujer Fuerte*. Traducido del francés por el P. Martel en 1899, publicada en P. José María Blanco, SJ, op. cit, p.425

²² Carta al P. Gaspar Juárez del 4 de noviembre de 1786, P. Justo Beguiriztain, SJ, op. cit, p.71. ²³ P. José María Blanco, SJ, op. cit, p. 247.

²⁴ Carta al P. Gaspar Juárez 28 de noviembre de 1781, P. Justo Beguiriztain, SJ, op. cit, p. 34 ²⁵ P. José María Blanco, SJ, op. cit, p. 316.

²⁶ *De la solicitud de Sor Ma. Antonia, que el Obispo Malvar pone en manos del Secretario del Papa: “María Antonia de San José, vuestra humildísima sierva, hace presente con el más profundo respeto, que anhelando por medio de los Ejercicios Espirituales de San Ignacio, trabajar a la mayor honra de Dios y salud de las almas” “Fue contestada: Reformentur preces, a causa del nombre de San Ignacio Fué menester copiar sin ese nombre”, El Estandarte de una Mujer Fuerte, publicada en P. José María Blanco, SJ, op. cit, p.134* ²⁷ *“A Vuestras Mercedes les han ligado los pies y las manos (es verdad) hasta impedirles el uso del oído para confesar; pero nadie puede impedirles el expediente del corazón, ni el que entren por medio de la santidad en aquellas entrañas que de madre son las de Jesucristo; él es quien dirige mis pasos, para recoger las mies que a Vuestras Mercedes no les ha sido permitido adquirirla por su profesión. Y como ha tantos años que está abandonada, se recauda ahora (mediante la voluntad de Dios) con una abundancia prodigiosa”.* Carta al P. Gaspar Juárez, 25 de noviembre de 1783, publicada en P. Justo Beguiriztain, SJ, op. cit, p. 46

²⁸ Carta al P. Gaspar Juárez, 26 de mayo de 1785, publicada en P. Justo Beguiriztain, SJ, op. cit, p.62 ²⁹ P. José María Blanco, SJ, op. cit, p.228

³⁰ *“Confiésole que al ver en Roma estos Memoriales que mandó Vd. firmados jurídicamente por esos Señores Prebendados y al saber lo que obra la Beata han quedado admirados no sólo los ex Jesuitas de todas las Provincias, sino también desde le Papa hasta los demás Cardenales y Prelados”.* Carta del P. Gaspar Juárez a Don Ambrosio Funes, 11 de mayo de 1790, publicada en P. José María Blanco, SJ, op. cit, p.306

³¹ P. José María Blanco, SJ, op. cit, p. 62

³² P. Guillermo Furlong, SJ, *El Transplante Social: Lo que fue la educación femenina*.

³³ Emilio Juan Vattuone, *Barrio de Liniers*, Cuadernos del Águila nº4, Fundación Banco de Boston, Buenos Aires, 1989. p.16.

³⁴ P. José María Blanco, SJ, op. cit, p.344.

³⁵ Mons. Marcos Ezcurra, *op. cit.*, p. 35.

³⁶ Mons. Marcos Ezcurra, *op. cit.*, p. 31.

³⁷ P. José María Blanco, SJ, *op. cit.*, p.430

³⁸ Mons. Marcos Ezcurra, *op. cit.*, p. 63.

³⁹ P. José María Blanco, SJ, *op. cit.*, p.395.

⁴⁰ Mons. Marcos Ezcurra, *op. cit.*, p. 64.

⁴¹ *"Ella es siempre realmente pobre y personalmente carece de todo. Ningún objeto temporal la ocupa; ella dice por el contrario, que no habría querido jamás empezar ni emprender nada semejante con los tesoros del Rey. Su manera de vivir no desmiente sus sentimientos: siempre llevando un cilicio, durmiendo muy poco y esto sobre una tarima; jamás come carne y como se ha observado, se alimenta con pan y agua y un poco de sopa; si retarda los ejercicios por algunos días, lo que acontece raramente es para entregarse a prácticas de mortificación extraordinarias, que oculta bajo una fisonomía siempre alegre. En fin, aquellos que nos hablan de sus austeridades y de sus continuas fatigas, no dicen que no comprenden cómo se bastaba a tantos trabajos, flaca, débil y delicada como era". El Estandarte de una Mujer Fuerte, publicado en P. José María Blanco, SJ, *op. cit.*, p.431.*

⁴² Mons. Marcos Ezcurra, *op. cit.*, p. 46.